

## BERÉBERES DE AL-ANDALUS: LOS FACTORES DE UNA EVOLUCION HISTÓRICA

EDUARDO MANZANO MORENO  
C.S.I.C., Madrid

El estudio pormenorizado de las poblaciones beréberes que se asientan en la Península Ibérica a raíz de la conquista musulmana del año 711 es relativamente reciente. De un tiempo a esta parte han venido apareciendo trabajos específicos que se han centrado, cada vez con mayor decisión, en el análisis detallado de unos grupos cuyo papel en al-Andalus ha ido cobrando mayor relieve que el que tradicionalmente se les había venido asignando<sup>1</sup>. En líneas generales, estos estudios han estado dominados fundamentalmente por dos tendencias de investigación que, en la práctica, resultan ser complementarias. La primera de ellas es básicamente «descriptiva» y ha buscado delinear los jalones que configuran la «geografía histórica» de los grupos beréberes a través de la identificación de sus miembros, así como de la localización de los enclaves o territorios que ocupan en al-Andalus; la otra línea de trabajo, fuertemente influida por la metodología estructuralista, ha intentado fijar las «estructuras sociales» de estos pueblos, y ha dado como resultado la formulación de hipótesis que postulan la persistencia entre ellos de una organización social «segmentaria» caracterizada por la existencia en ella de acusados elementos «tribales»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Cfr., sobre todo, Guichard, P., *Al-Andalus. Estructura antropológica de una sociedad Islámica en Occidente*, Barcelona, 1976, pp. 365 y ss.; Bosch Vilá, J., «Establecimientos de grupos humanos norteafricanos en la Península Ibérica», en *Atti del I<sup>er</sup> Congresso Internazionale di Studi Norte-Africani*, Cagliari (1965), pp. 147-165; también Bosch Vilá, J., «Al-Andalus», en *Encyclopédie Berbère*, Cahier 36, Aix-en-Provence, 1985 (ed. provisional); más recientemente, Dhannūn Taħa, A. W., *The Muslim conquest and settlement of North Africa and Spain*, Londres, 1989, pp. 166 y ss., aun cuando esta obra debe ser manejada con sumas precauciones debido al gran número de errores de bulto que contiene.

<sup>2</sup> A estos enfoques cabría añadir un tercero que podríamos denominar «comparativo» que ha ensayado transponer los hallazgos de la antropología contemporánea a situaciones muy alejadas históricamente de las que aquí nos ocupan.

Tanto uno como otro enfoque tienen una razón de ser muy justificable. El primero de ellos ha intentado llenar un importante vacío en la bibliografía sobre el tema y ha permitido constatar la importancia y densidad que alcanza el poblamiento norteafricano en algunas zonas de al-Andalus, particularmente en Levante, en las regiones fronterizas y en zonas de los valles del Guadiana y del Guadalquivir. Por su parte, la aplicación de una metodología estructuralista para el estudio de estos grupos puede argumentarse convincentemente arguyendo que la escasez de datos que arrojan las crónicas árabes hace necesario aislar las contadas menciones que se incluyen en ellas con el fin de aprovechar todos aquellos elementos que permitan definir *estructuras* y pautas de organización social.

En el estado actual de nuestros conocimientos cabe preguntarse, por consiguiente, hasta qué punto es posible plantear nuevas perspectivas de trabajo sobre una cuestión cuyo estudio parece haberse encaminado por senderos muy bien trazados. La respuesta a este interrogante pensamos que debe ser afirmativa. Un aspecto llamativamente ausente de las investigaciones sobre los grupos beréberes es el que se refiere a la cronología. La aplicación de los esquemas estructuralistas al ámbito de los estudios históricos tiene la ventaja de permitir crear *modelos* bien fundamentados, pero en cambio posee el inconveniente de presentar unas formulaciones estáticas que no son susceptibles de evolucionar a lo largo del tiempo, dado que el marco temporal en el que se inscriben las *estructuras sociales* que estos estudios definen sólo se dibuja en ellos a muy grandes rasgos<sup>3</sup>.

Las páginas que siguen a continuación intentan aportar, pues, una perspectiva radicalmente cronológica en el estudio de los beréberes en al-Andalus. En buena medida pensamos que dicha perspectiva es posible en el momento actual gracias a que estudios previos han puesto de manifiesto determinados extremos sobre los que ya no es preciso insistir, tales como la existencia de poblamiento beréber en algunas zonas o la importancia que el factor tribal tuvo originariamente en el seno de las poblaciones norteafricanas. Sin embargo, no es menos cierto también que la adopción de este enfoque puede llevarnos a cuestionar determinadas conclusiones que han venido

<sup>3</sup> Manzano Moreno, E., «Más allá del documento: nuevos métodos para el estudio del Islam medieval», en Manzano Moreno, E., y Onrubia Pintado, J., eds., *Métodos y tendencias actuales de la investigación geográfica e histórica*, Madrid, 1988, pp. 92 y ss.

siendo comúnmente aceptadas en los últimos años, tales como, por ejemplo, la persistencia de dichos elementos tribales a lo largo de extensos periodos de tiempo.

Como punto de partida me parece de enorme importancia subrayar el hecho de que los grupos beréberes deben ser considerados como un elemento aparte de lo que es la expansión árabe musulmana: en otras palabras, si bien la entrada de estos elementos en la Península Ibérica es indiscutiblemente una de las consecuencias de dicha expansión, ello no significa que en el momento en que se produce la caída del reino visigodo estos grupos estuvieran completamente islamizados, y mucho menos arabizados, constituyendo así un grupo plenamente integrado en la sociedad de los conquistadores. Antes al contrario, la asimilación de las poblaciones beréberes estaba lejos de haberse completado en el escaso margen de tiempo que media entre la ocupación musulmana del norte de África y el año 711. Por todo ello parece posible postular, sin grandes riesgos de equivocarnos, que las poblaciones beréberes deben ser distinguidas del grupo de los invasores árabes en esta primera etapa<sup>4</sup>.

Esta premisa básica ha tendido generalmente a ser ignorada, primándose, en cambio, la idea de que una supuesta identidad entre las tribus árabes y beréberes habría facilitado el proceso de conquista y asimilación de estas últimas por aquéllas. Sin embargo, es éste un enunciado general que nunca ha sido objeto de una comprobación rigurosa. De hecho, no existe la más mínima prueba que lo justifique: los desarrollos históricos previos que tienen lugar en la Península Arábiga —Oriente Medio en general— y en el norte de África no tienen parangón alguno, mientras que los respectivos trasfondos culturales de ambos pueblos son tan palmariamente diferentes que causa cierta sorpresa constatar que siga prevalenciando la idea de una total equiparación entre ambas sociedades<sup>5</sup>.

Otra cosa distinta es que las crónicas de que disponemos, redactadas dentro de una perspectiva islámica totalizadora, simplifiquen lo que debió de ser un lento y complejo proceso de asimilación, reduciendo la realidad histórica a parámetros que encajen dentro de los

<sup>4</sup> Sobre este hecho llamó ya la atención Bosch Vilá en su trabajo «Andalucía islámica: arabización y beberización. Apuntes y reflexiones sobre un viejo tema», *Andalucía Islámica*, I (1980), pp. 9-42, en especial p. 32.

<sup>5</sup> Cfr. en este sentido las acertadas críticas que plantea a esta visión Laroui, A., *L'histoire du Maghreb. Un essai de synthèse*, Paris, 1970, pp. 52 y ss.

presupuestos a partir de los cuales se componen dichas crónicas. Aceptar estos presupuestos supondría concebir los fenómenos de arabización e islamización como el resultado instantáneo de la conquista árabe en el norte de África, lo que nos consta que estuvo lejos de ocurrir de manera uniforme.

#### A) Los antecedentes preislámicos

El primer problema que se plantea en un estudio que trate de analizar la secuencia evolutiva de las poblaciones beréberes es el hecho de que, al menos aparentemente, la identidad histórica e incluso cultural de estos pueblos tiende a ligarse de forma casi inextricable con el propio Islam: al contrario de lo que ocurre, por ejemplo, con los persas —un pueblo islamizado, pero que mantiene una conciencia histórica que se remonta más allá de la conquista musulmana—, la conciencia beréber del pasado parece nacer en el momento en que se produce la conquista musulmana, sin que existan para un período anterior más que confusas y escasas referencias de difícil interpretación<sup>6</sup>. Asumiendo en cierta manera esta misma perspectiva, los estudios históricos consagrados a estos pueblos presentan una notable desconexión entre la bibliografía que se ocupa de sus períodos más antiguos y la que se dedica a analizar las épocas posteriores a la conquista musulmana; ello da lugar a una visión histórica extraordinariamente fragmentada, que olvida con frecuencia la evolución de unas poblaciones que presentan una clara continuidad a través de diversas etapas históricas<sup>7</sup>.

No menos distorsionante es la circunstancia de que bajo el común apelativo de «beréber» se designe a un vasto conjunto de pueblos que originariamente se extendían desde el Nilo hasta el Atlántico, desde la costa mediterránea hasta los confines subsaharianos, en lo que es un inmenso espacio geográfico enormemente variado física y humanamente. Pueblos nómadas y sedentarios, agricultores, ganaderos o comerciantes, organizados en tribus o asentados en ciudades, compo-

<sup>6</sup> *Arabs and Berbers*, eds. Gellner, E., y Micaud, Ch., Londres, 1973, p. 12.

<sup>7</sup> Puede considerarse esta tendencia como un resultado de la tradicional compartimentación historiográfica en «áreas» de civilización, cfr. en este sentido Manzano Moreno, E., *op. cit.*, p. 89.

nen un complejo mosaico del que cabe pensar que, lejos de la uniformidad que impone el calificativo de «beréber», presente unas marcadas diferencias derivadas de un diverso impacto de los procesos históricos o de los variados condicionamientos impuestos por el medio.

Evidentemente queda fuera de los límites de este trabajo llevar a cabo un análisis exhaustivo de todos estos elementos que se extienden a lo largo de un extenso período de tiempo en un vasto ámbito geográfico, y que presentan una complejidad difícilmente abarcable por una investigación como la presente. No obstante, nos parece que tiene un enorme interés realizar una serie de consideraciones —forzosamente muy generales— sobre el pasado histórico de unas poblaciones que, de una forma casi súbita, aparecen en las crónicas andalusíes ocupando sectores territoriales muy amplios en esta región.

A este respecto, es necesario remontarse a la época anterior al siglo VII, con el fin de analizar las posibles influencias que hayan podido ejercer en algunos grupos beréberes las ocupaciones previas que se documentan en el norte de África con anterioridad a dicha fecha. El primer jalón de importancia en este proceso durante los tiempos históricos es, sin duda alguna, la constitución del Imperio cartaginés. Se conoce, sin embargo, muy mal el impacto de la presencia púnica sobre las poblaciones indígenas norteafricanas. Se trata de una cuestión sobre la que apenas existen estudios, y que en buena medida permanece aún abierta. No obstante, es lógico pensar que el posterior control romano en esta región debió de verse facilitado por esta presencia previa: la provincia Proconsular de época imperial —lo que en época bizantina será «Carthago Proconsularis» y después de la conquista musulmana «Ifriqiya»— coincide básicamente con el área de dominio cartaginés, mientras que la mayoría de los establecimientos costeros que, de un modo u otro, se mantienen hasta la época medieval, parecen también deber su existencia a la colonización cartaginesa<sup>8</sup>.

El proceso de *romanización* en estas regiones, por otra parte, es una cuestión extremadamente compleja que ha sido además objeto de

<sup>8</sup> Sobre las relaciones entre las poblaciones norteafricanas y Cartago, cfr. Desanges F., «The proto-berbers», en Mokhtar, G., ed., *General History of Africa*, II (Londres), 1981, pp. 423-440. Sobre asentamientos urbanos prerromanos en el norte de África, cfr. Benabou, M., *La resistance africaine à la romanisation*, París (1976), pp. 398-399.

serias malinterpretaciones. Tal vez como resultado más o menos aparente de la existencia de una ideología colonialista en la historiografía europea dedicada a esta materia, se ha tendido en ocasiones a identificar de forma algo mecánica el control político romano con el ambiguo concepto de «civilización», de tal manera que la desaparición de aquél ha venido a equivaler automáticamente para algunos autores a la «barbarización» de unas poblaciones incapaces de protagonizar un desarrollo histórico sin la ayuda de una tutela exterior. A partir de este planteamiento el concepto de «romanización» ha sido a veces equiparado con situaciones contemporáneas —cuando no francamente utilizado para intentar justificarlas—, lo que ha dado como resultado una visión distorsionada de un fenómeno que tiene lugar en el marco de las coordenadas históricas del mundo antiguo y, en consecuencia, con una significación bien distinta a fenómenos contemporáneos<sup>9</sup>.

Considerando como eje central del proceso de romanización el impacto sufrido por las formaciones sociales indígenas como consecuencia de la ocupación romana, puede decirse que, en el estado actual de nuestros conocimientos, todo parece indicar que la integración de las poblaciones norteafricanas dentro de las estructuras organizativas del Imperio alcanzó un grado muy desigual, dependiendo considerablemente de las zonas, e incluso de la mayor o menor oposición a la asimilación por parte de los componentes de una misma tribu. El panorama que surgió de esta situación fue ciertamente muy poco uniforme, como también lo eran las condiciones de vida de los grupos indígenas: si los elementos establecidos en las ciudades fueron fácilmente encuadrados dentro del sistema de valores y pautas que representaba el Imperio, no ocurrió lo mismo con las tribus asentadas en las regiones montañosas incluidas dentro del *limes* o con aquellas que desde fuera de éste planteaban una amenaza constante contra los centros urbanos del interior<sup>10</sup>.

Centremos en primer lugar nuestra atención en las poblaciones establecidas en las ciudades. Con anterioridad al dominio de Roma

<sup>9</sup> Sobre las diversas valoraciones de la «romanización» en el norte de África, cfr. Benabou, *Op. cit.*, págs. 579 y ss. Sobre el concepto de «romanización», cfr. las esclarecedoras páginas escritas por Vigil, M., en *Historia de España Alfaguara*, I, *Edad Antigua*, Madrid, 1973, pp. 270 y ss., que constituyen una inmejorable definición de conceptos que es la que aquí hemos seguido.

<sup>10</sup> Cfr. a este respecto Laroui, *Op. cit.*, pp. 45 y ss.; Benabou, *Op. cit.*, pág. 579 y ss.

existió en el norte de África una considerable tradición urbana, heredera probablemente del legado púnico, que se desarrolló especialmente en las zonas costeras del Mediterráneo y en torno a las principales rutas de comercio interior. Ciudades como *Volubilis* y *Thamuda* en la Tingitana, *Guraya* y *Tipasa* en la Cesariense o *Ammaedera* (Haidra) en la Proconsular, son ejemplos, entre otros muchos, de la existencia de enclaves urbanos que se remontaban a una época anterior a la ocupación romana<sup>11</sup>.

Cuando el poder imperial romano desapareció de estas regiones no se produjo la vuelta al nomadismo por parte de estas poblaciones urbanas. Pese a que es posible que se produjera un retorno hacia formas de gobierno «indígena» en ausencia de los cuadros de la administración imperial, la vida urbana continuó manteniéndose de forma generalizada. Contamos, en efecto, con evidencia epigráfica que demuestra que algunas de las antiguas ciudades del norte de África subsistieron al colapso de la autoridad imperial, siendo gobernadas por personajes que ostentaban una titulación que se vincula a la tradición militar romana: el *praefectus de Safar* que firma una inscripción del año 508, o el *vicepraepositus de Volubilis* que hace lo propio en el 655, confirman una continuidad en la vida urbana que adquiere una mayor significación —y no, como en ocasiones se ha intentado sugerir, un mayor grado de decadencia—, si se tiene en cuenta que estos personajes suelen tener nombres indígenas<sup>12</sup>.

Es muy posible que la actividad de estas ciudades estuviera estrechamente vinculada con el comercio. Contrariamente a lo que suele pensarse, es inconcebible que la circulación monetaria se interrumpiera en el momento del derrumbamiento de la administración romana en estas zonas —a partir del siglo III en la Mauritania Tingitana o del siglo V en la Cesariense—: las primeras acuñaciones que conservamos de los conquistadores árabes en el norte de África se basan en modelos romanos, y es obvio que esta imitación tan sólo puede comprenderse teniendo en cuenta la pervivencia de cecas hasta

<sup>11</sup> Sigman, M. C., *The role of the indigenous tribes in the Roman occupation of Mauritania Tingitana*, Nueva York, 1976/1984, p. 63; Benabou, *op. cit.*, pp. 398-399; Baratte, F., y Duval, N., *Les ruines d'Ammaedera. Haidra*, Túnez, 1974, p. 7.

<sup>12</sup> Courtois, Ch., *Les Vandales et l'Afrique*, París, 1955, pp. 329-330. No deja de resultar curiosa la insistencia que este autor hace en el tema del «declive urbano» en el norte de África, señalando que con posterioridad al siglo V «es la Berbería quien asimila a Roma».

bien entrado el siglo VII<sup>13</sup>. Por otra parte, sabemos que a mediados del siglo VII existía un comercio de esclavos *mauri* que eran exportados a la Galia, en el que es muy posible que las mencionadas ciudades desempeñaran un papel fundamental<sup>14</sup>.

Los testimonios de la supervivencia de una vida urbana en los enclaves costeros y del interior vienen a desmentir, por consiguiente, la imagen de «barbarización» del norte de África como consecuencia del desmoronamiento del poder imperial romano. La ausencia de noticias para estas zonas —muy similar a la que se constata en otras regiones del antiguo imperio, recordémoslo— no permite deducir una quiebra de la «civilización» en el norte de África. Antes bien, en circunstancias de precariedad acentuada por la crisis generalizada del mundo antiguo, las poblaciones que habían sido asimiladas dentro de las pautas de la romanización sobrevivieron a la quiebra del aparato administrativo imperial manteniendo intactas las tradiciones que se vinculaban a la época anterior.

Durante la época del Bajo Imperio uno de los elementos que se incorporaron al proceso de romanización fue la extensión del cristianismo. Nuevamente en este caso es preciso aclarar bien los conceptos: obviamente, esta religión en sí misma no puede considerarse un signo de «civilización» alguno, pero es un hecho que en esta época su propagación tuvo lugar dentro del marco de las estructuras administrativas del Imperio y encontró su principal caldo de cultivo entre aquellas poblaciones que habían sido asimiladas dentro de dichas estructuras<sup>15</sup>. En el norte de África las comunidades cristianas que se habían extendido en estas regiones en época bajoimperial también sobrevivieron a la quiebra del aparato político romano, del mismo modo que las poblaciones urbanas. Una lista episcopal elaborada en Bizancio a mediados del siglo VII, conocida con el nombre de *Thronos Alexandrinus*, señala la existencia de una decena de diócesis en las

<sup>13</sup> Barceló, M., «Sobre algunos fulūs contemporáneos a la conquista de Hispania por los árabo-musulmanes», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XXXIV (1971-1972), pp. 33-42.

<sup>14</sup> Cfr. «Vita Santi Eligii», *Monumenta Germaniae Historica, Scriptores rerum merovingicarum*, IV, 1-10. Cit. por Ch. Verlinden, «L'esclavage dans le monde iberique médiéval», *Anuario de Historia del Derecho Español*, XI (1934), pp. 66-67.

<sup>15</sup> Cfr. las interesantes consideraciones que hace P. Brown a este respecto, «Christianity and local culture in late Roman Africa», *Journal of Roman Studies*, LVIII (1968), pp. 85-95.

regiones costeras del norte de África, entre las que se cuentan Constantina, Setif, *Cesarea* (Cherchel), *Cartennae* (Tenes), *Lixus*, *Rus-sadir* (Melilla) y Tánger<sup>16</sup>. Es posible que esta lista pudiera ampliarse, teniendo en cuenta que algunas de las ciudades citadas en este texto con grafía griega no han sido satisfactoriamente identificadas. En todo caso, lo que está claro es que, como ya demostró S. Gsell para el área del antiguo Oranesado, los vestigios de comunidades cristianas aparecen tanto en núcleos urbanos de las zonas costeras como en las regiones del interior demarcadas por el antiguo *limes*<sup>17</sup>. En pleno siglo VI una inscripción procedente de Volubilis nos permite también reconocer en esta ciudad la pervivencia de comunidades cristianas<sup>18</sup>.

La situación de estas comunidades no parece haber sido siempre fácil. Ya a mediados del siglo III San Cipriano se lamentaba del lamentable estado de los cristianos de Numidia y la Cesariense, prisioneros de los «bárbaros»<sup>19</sup>. Más de doscientos años más tarde un epitafio procedente de una ciudad cercana a la actual Argel nos habla de un obispo muerto en 495 *in bello Maurorum*, mientras que en 525 el obispo de Mina es el único de toda la Cesariense que comparece al concilio provincial africano en Cartago: los restantes no habían podido desplazarse *dura belli necessitas*<sup>20</sup>.

Pese a estos problemas derivados de su ubicación en las cercanías de un *limes* —una circunstancia ésta que se ha venido olvidando sistemáticamente—, el cristianismo norteafricano sobrevivió al propio Imperio, del mismo modo que las tradiciones urbanas. Puede ser aún más significativo el que nos conste que entre determinadas tribus norteafricanas el cristianismo también había prendido. No es una casualidad que estas tribus cristianizadas aparezcan después de la disolución del Imperio romano constituyendo unidades políticas superiores que sobrepasan el primitivo marco tribal. Una penuria de noticias muy similar a la que existe en otras zonas del antiguo

<sup>16</sup> Courtois, *op. cit.*, pp. 327-328, quien incomprensiblemente insiste en la idea de una decadencia en estas zonas.

<sup>17</sup> Gsell, St. «Le christianisme en Oranie avant la conquête arabe», *Bulletin du cinquantenaire de la Société de Géographie et d'Archeologie d'Oran* (1928), pp. 17-32, ahora en *Etudes sur l'Afrique antique. Scripta Varia* (Lille, 1981), pp. 195-210.

<sup>18</sup> Camps, G., «Les Bavares, peuples de Mauretaine Cesarienne», *Revue Africaine*, XCIX, 1955.

<sup>19</sup> Rachtet, M., *Rome et les Berberes. Un problème militaire d'Auguste à Diocletien*, Bruselas, 1970, p. 238.

<sup>20</sup> Gsell, St., *op. cit.*, p. 195.

occidente romano nos impide conocer más sobre una serie de «reinos» que es posible igualmente documentar en estas zonas a partir del siglo V. Una inscripción procedente de Altava (a unos 25 kilómetros del actual Tremecen, en Argelia) y datada en el año 508 nos habla de un tal Masuna *rex gentium Maurorum et Romanorum*, cuyos dominios se extendían hasta la costa mediterránea<sup>21</sup>. Tal vez relacionados con este reino, o bien pertenecientes a otra dinastía, son los *Djedar*, situados a unos 200 kilómetros al este de Altava: se trata de unos extraños monumentos funerarios de forma cuadrada y piramidal, construidos en fecha incierta, pero posterior sin duda a finales del siglo V. Pese a su estado de ruina actual, los *Djedar* pueden ser identificados sin ningún género de dudas con enterramientos regios, y las inscripciones existentes indican claramente que los personajes inhumados en ellos eran cristianos<sup>22</sup>. En este mismo área Procopio cita la existencia de un caudillo llamado Mastigas, quien, en torno al año 535, percibía tributo en toda la Mauritania Cesariense<sup>23</sup>.

Gracias también al testimonio del autor bizantino, sabemos que más al Este existían dos reinos cercanos a las regiones del Hodna y del Aurés: especialmente interesante es el primero de ellos, del cual Procopio nos dice que en torno al año 535 estaba gobernado por Ortaias, un caudillo cristiano que actuaba como aliado de los bizantinos. Este testimonio es confirmado por una inscripción encontrada en esta misma zona, en la que se pone manifiesto que este Ortaias era el sucesor de Masties, un jefe local que había sido nombrado *dux* por el *comes* Bonifacio en el momento de la invasión vándala<sup>24</sup>.

La existencia de estos reinos —a los que podrían añadirse otros en la Dorsal tunecina o en la Tripolitania—, unida al cristianismo de, al menos, sus gobernantes, nos parece muy relevante. En este sentido es muy significativo el hecho, puesto ya de manifiesto por J. Carcopino, de que los reinos a los que acabamos de referirnos se sitúan precisamente en las zonas por las que transcurría el antiguo *limes*, lo que pone en evidencia que nos encontramos en presencia de poblaciones que habían desarrollado formas políticas más evolucionadas como consecuencia del contacto con Roma.

<sup>21</sup> Courtois, Ch., *op. cit.*, pp. 333-334.

<sup>22</sup> Gsell, St., *Monuments antiques de l'Algerie*, Paris, 1901, pp. 418 y ss.

<sup>23</sup> Courtois, Ch., *op. cit.*, p. 336.

<sup>24</sup> Cfr. Pringle, D., *The defence of Byzantine Africa from Justinian to the Arab conquest*, Oxford, 1981, p. 14.

A estos ejemplos puede añadirse el caso de la tribu de los *Koidamousoi* o *Ucutumani*, establecidos en las llanuras cercanas a las actuales ciudades de Setif y Djidjel, en Argelia central. Tenemos noticias de un obispo llamado Montanus Cedamusensis, que fue exiliado por el rey vándalo Hunerico en el año 484. En pleno siglo VI, un *rex gentis Ucutumani* se proclama siervo de Dios en una inscripción que pone de manifiesto cómo esta tribu, a la que las fuentes musulmanas llamarán más tarde Kutāma, había abandonado probablemente las estructuras arcaicas previas a la romanización, adoptando la religión cristiana y desarrollando una forma de gobierno basada en la jefatura de un individuo<sup>25</sup>.

¿Cómo se había producido la asimilación de estas tribus dentro de las estructuras administrativas del Imperio romano? Los datos de que disponemos permiten comprobar que este proceso se desarrolló siguiendo unas pautas muy similares a las que se documentan en otras zonas de dicho Imperio. Tomemos, por ejemplo, el caso de los *Zegrenses*, una tribu establecida dentro de los límites de la Mauritania Tingitana —probablemente en torno a la zona del Rif—, y sobre la que poseemos referencias a través de un conjunto de tablas de bronce datadas en la segunda mitad del siglo II d.C. (entre los años 168 y 177). Estas tablas nos presentan a una de las familias *Zegrenses* recibiendo la ciudadanía romana. El primer beneficiario de este privilegio es un tal Julianus, a quien se califica como uno de los *primores* de los *Zegrenses*, y a quien el emperador Marco Aurelio concede la ciudadanía a fin de que ello sirva como ejemplo a sus contribulos de los privilegios que pueden adquirirse guardando lealtad a Roma. Más tarde, según estas mismas tablas, idéntica recompensa le fue conferida al hijo de Julius, a quien ya se califica como *princeps* de su gente<sup>26</sup>.

Un caso muy similar a éste es el de los *Musulames*, establecidos en plena Dorsal tunecina, en torno al actual Oued Mellegue —esto

<sup>25</sup> Camps, G., *op. cit.*, donde se propone la hipótesis de que esta tribu hubiera estado integrada dentro de la confederación de los Bavares que se documenta igualmente en la Tingitana, y que hasta el siglo III había mantenido una actitud hostil frente a Roma.

<sup>26</sup> Sigman, M. C., *op. cit.*, pp. 169-176. El documento en cuestión es conocido como «Tabla Banisatana» y ha sido publicado por Seston W. y Enzennat, M., «Un dossier de la chancellerie romaine: la Tabula Banisatana». *Etude diplomatique*, *Comptes rendues de l'Academie des Inscriptions et Belles Lettres* (1971), pp. 468-488.

es, también dentro del propio *limes*—, los cuales protagonizan durante el siglo I d.C. una serie de rebeliones en las que consiguen obtener el apoyo de otros grupos tribales establecidos en esa misma región. Sin embargo, durante el siglo II este pueblo parece haberse sometido a la autoridad romana, como lo demuestra el hecho de que miembros de la misma sirvieran como auxiliares en el ejército imperial, o que los datos epigráficos nos hablen de un *praefecti gentis Musulamiorum*, cargo que en ocasiones parece haber recaído sobre individuos pertenecientes a la propia tribu<sup>27</sup>.

Pensamos que en estos casos se desarrolló un proceso típico de los fenómenos de romanización: las autoridades romanas establecían contactos con miembros de la aristocracia indígena emergente, y mediante la concesión de los privilegios de ciudadanía tendieron a impulsar la desintegración de las antiguas estructuras tribales; a medida que pase el tiempo, dichas aristocracias conseguirán establecer un dominio cada vez más sólido sobre sus antiguos contribulos, asegurando a la vez su posición de cara a las autoridades romanas. Las tablas que recogen el proceso de asimilación de los Zegrenses son en este sentido muy claras dado que en ellas se resalta que la cooperación con Roma era la mejor vía para obtener determinados beneficios.

El interés de las autoridades romanas por asimilar a estas poblaciones tribales no era, evidentemente, altruista. Recurriendo a este expediente podía neutralizarse la amenaza que estas tribus suponían para las zonas del interior, al tiempo que ello permitía reclutar a estos contingentes tribales para misiones militares. La práctica de servirse de poblaciones indígenas situadas en las inmediaciones del *limes* con el fin de que desempeñaran funciones de vigilancia fronteriza fue ampliamente utilizada por los gobernadores romanos en época bajo-imperial y puede ser asimismo considerada como un mecanismo de asimilación. A los caudillos tribales les era conferido el título de *praefectus* o *centenarius*, y dependían de un *praepositi limitum*<sup>28</sup>. Lo más interesante de este uso reside en el hecho de que fue continuado por los vándalos después de la conquista del año 429. Un texto de Procopio nos permite conocer que los caudillos beréberes que recibían

<sup>27</sup> Rachet, M., *op. cit.*, pp. 38, 84 y 161.

<sup>28</sup> Troussel, P., *Recherches sur le «limes Tripolitanus» du Chott el-Djerid a la frontière tuniso-libyenne*, Paris, 1974, pp. 150-155.

este tipo de misiones eran investidos con los símbolos de su oficio, consistentes en *un bastón de plata recubierto de oro, una especie de gorro de plata, a manera de corona, que no cubría toda la cabeza, y que era sostenido alrededor por tiras de plata, así como una especie de capa blanca fruncida por un broche de oro en el hombro derecho con la forma de una capa tesalia, una túnica también blanca con bordados y una bota dorada*<sup>29</sup>. Cuando los ejércitos bizantinos al mando de Belisario derrotaron a los vándalos en la batalla de Ad Decimum (534 d.C.), los caudillos *mauri* de Mauritania, Numidia y Bizacena mandaron inmediatamente legados al vencedor solicitándole que les enviara estos símbolos<sup>30</sup>.

Sería un error considerar que estos procesos de asimilación tuvieron siempre un carácter unívoco y que desembocaron siempre en situaciones idénticas. La complejidad de dichos procesos parece haber sido enorme y en ellos jugaron un papel muy importante gran número de factores que no siempre conocemos bien. Tenemos así el caso de los *Baquates*, un pueblo asentado en las inmediaciones de las zonas montañosas de la Mauritania —al noreste del Atlas Medio—, los cuales protagonizaron en tiempos del emperador Adriano un ataque contra la ciudad costera de *Cartennae* (actual Tenes, en Argelia). Poco después, sin embargo, en el año 140 d.C., un tal Aelius Tuccuda, *princeps gentium Baquatium*, aparece dedicando una inscripción al propio emperador Adriano, lo que indica que, de una forma u otra, este pueblo, o al menos parte del mismo, había sido subyugado. No obstante, en el año 168 d.C. nuevamente volvemos a tener noticia de disturbios protagonizados por esta tribu en la Mauritania Tingitana, y cabe preguntarse si hay que achacar igualmente a miembros de la misma las incursiones moras que se documentan en el año 170 en la Bética. Diez años más tarde, un texto epigráfico nos habla de un Canarta, a quien las autoridades romanas otorgan otra vez el título de *princeps Baquates*. La crisis del siglo III, en fin, provoca un nuevo resurgimiento de la rebelión de los Baquates, que tan sólo culmina en torno al año 277, cuando Julius Nuffuzi, hijo de Julius Matif, establece un pacto con el gobernador romano de la Tingitana<sup>31</sup>.

Este conjunto de datos muestra claramente la existencia entre los

<sup>29</sup> Procopio, *De bello vandalico*, III, 25, 7.

<sup>30</sup> Pringle, D., *op. cit.*, p. 16.

<sup>31</sup> Rachet, M., *op. cit.*, pp. 180, 193, 203 y 232.

Baquates de un sector partidario de la colaboración con el Imperio, al cual probablemente haya que identificar con una aristocracia emergente en el seno de la sociedad indígena. Es muy posible que esta aristocracia no llegara a consolidarse por completo y que, a despecho de eventuales tratados, los Baquates continuaran manteniendo intacta una actitud hostil frente al poder imperial. Poco después del pacto del año 277, en época de Diocleciano, los romanos decidieron abandonar los territorios de la Tingitana situados al sur del río Lixus, lo que provoca que nuestras informaciones sobre los Baquates desaparezcan, y al mismo tiempo que crezcan las incertidumbres sobre el resultado de la incipiente asimilación de las estructuras tribales de dicho grupo<sup>32</sup>.

Las zonas montañosas del interior del *limes* fueron sin duda alguna las que más tenazmente resistieron frente a los intentos de sometimiento por parte de Roma: la pequeña y gran Kabilia, los montes de Belezma, el Aurés, áreas de la Dorsal tunecina, la Kroumerie y las zonas de la Tripolitania, ubicadas en torno al actual Yabal Nafūsa, constituyeron focos constantes de revueltas indígenas frente al poder romano, y la escasa asimilación de sus poblaciones se demuestra en el hecho de que éstas continuaron protagonizando rebeliones durante la época de ocupación bizantina. Sin duda fue en estas regiones donde el proceso de romanización fracasó por completo. Apenas conocemos nada sobre las poblaciones que las habitaban, pero cabe suponer que fue aquí donde las estructuras sociales más arcaicas sobrevivieron prácticamente incólumes frente a los diversos intentos de asimilación por parte de los sucesivos poderes que ocuparon el norte de África.

El complejo panorama que a grandes rasgos acabamos de describir se vio profundamente afectado ya desde la época bajoimperial por

<sup>32</sup> J. Carcopino propuso en su momento identificar a los Baquates con la tribu de los Bargawāta, que se documenta en época musulmana en torno a la misma región y que son objeto de atención en las fuentes por el hecho de que entre ellos se desarrolla una herejía que toma elementos islámicos, adaptándolos al medio beréber; esta hipótesis, sin embargo, ha sido rechazada por diversos autores aduciendo para ello argumentos fonéticos; cfr. Courtois, *op. cit.*, p. 96. Recientemente, sin embargo, la idea ha sido nuevamente retomada por Sadqi, A., «L'interprétation généalogique de l'histoire Nord-Africaine. Pourrait-elle être dépassée?», *Hespéris-Tamuda*, XXV (1987), pp. 127-146, donde igualmente se propone la identificación de los Macenitas a quienes los autores clásicos sitúan en el Atlas con los Mašmūda que se documentan en las fuentes islámicas tanto en el norte de África, como en al-Andalus, cfr. pp. 135-136.

la aparición de pueblos que presionaban sobre el sector más oriental del *limes* norteafricano. Estas poblaciones aparecen citadas en las fuentes del siglo IV con el nombre de *Austuriani* atacando las ciudades costeras de la Tripolitania. Esta denominación no parece tanto referirse a una sola tribu, como más bien a una confederación formada por diversos subgrupos, que toma probablemente su apelativo del grupo más destacado en ese momento. De hecho, en las fuentes bizantinas, estos mismos *Austuriani* aparecen también denominados con el nombre de *Laguatan* o *Ilaguas* a quienes se nos presenta amenazando y arruinando las principales ciudades de Tripolitania y Cirenaica. Obviamente, *Austuriani* y *Laguatan* se refieren, pues, al mismo conjunto de poblaciones, con la particularidad de que el segundo de estos apelativos va a mantenerse en las fuentes árabes, en donde son frecuentes las menciones a la tribu de los *Lawāta*, de la que se nos dice que se encontraba asentada en las cercanías de Barqa, en el extremo oriental del golfo de Sirta<sup>33</sup>.

A mediados del siglo VI, por consiguiente, los *Laguatan* daban nombre a una confederación en la que se comprendían un cierto número de tribus cuyo grupo más importante debía de ser la tribu a la que los autores árabes conocerán más tarde con el nombre de *Lawāta*. Las informaciones que poseemos sobre esta confederación desde la época del Bajo Imperio muestran una persistente tendencia migratoria hacia el Oeste, lo que concuerda perfectamente con el tardío testimonio semilegendario de Ibn Jaldūn, quien señala que los *Lawāta* eran originarios de Egipto, y que desde allí comenzaron a trasladarse a través del desierto al sur de Barqa<sup>34</sup>.

Lo que resulta realmente fascinante sobre estos pueblos es que todo parece indicar que en el curso de esta emigración la confederación de los *Laguatan* fue absorbiendo a las poblaciones que se encontraba a su paso. Significativamente, estas poblaciones eran aquéllas que se encontraban ubicadas en zonas de difícil acceso y que habían mostrado una mayor resistencia a la romanización. Este fue

<sup>33</sup> Pringle, D., *op. cit.*, pp. 27 y ss. y 97 y ss., donde se estudia el dispositivo defensivo bizantino para hacer frente a la amenaza de estas poblaciones; Jongeling, K., «Materials furnished by Arab geographers for the history of some Berber tribes in the "Provincia Barca"», *Actes du 1<sup>er</sup> Congrès d'Etudes des cultures Méditerranéennes d'influence Arabe-Berbère*, Argel (1973), pp. 209-212.

<sup>34</sup> Mattingly, D. J., «The Laguatan: A Lybian tribal confederation in the late Roman Empire», *Lybian Studies*, XIV (1983), p. 101.

el caso de los *Frexes*, establecidos en las zonas montañosas de Bizacena, y a los que las fuentes bizantinas nos muestran formando parte de la confederación de los *Laguatan* a mediados del siglo VI: estos mismos *Frexes* habían protagonizado en los tiempos del reino vándalo una serie de incursiones contra ciudades de la llanura, siendo responsables de la completa derrota de un ejército mandado contra ellos por el rey Hilderico en vísperas de la conquista bizantina del año 533<sup>35</sup>.

Pensamos que la existencia de estas poblaciones que presionan sobre el sector oriental del *limes* norteafricano mostrando una tendencia migratoria hacia el Oeste puede ser el motivo que explique la distinción que los autores árabes hacen de las tribus beréberes en dos grandes grupos: *Butr* y *Barānis*. Una de las fuentes musulmanas más tempranas que poseemos sobre la conquista musulmana del norte de África, Ibn 'Abd al-Ḥakam (siglo III/IX), distingue ya a los beréberes siguiendo esta división. Con posterioridad, esta diferenciación fue acentuada por autores más tardíos recurriendo a la elaboración de unas complejas, y a veces confusas, genealogías que hacían descender a todas las tribus beréberes de un personaje epónimo llamado Barr: éste habría tenido dos hijos, Barnis y Madgis al-Abtar, quienes, a su vez, habrían engendrado a los antepasados, también epónimos, de los diversos grupos tribales norteafricanos. La sistematización más clara de estas genealogías aparece en la obra de Ibn Jaldūn, pero, a tenor de las autoridades que cita este autor y de los datos contenidos en la *Ŷamhara* de Ibn Ḥazm, puede pensarse que, por lo menos ya en el siglo V/XI, era éste un tema ampliamente extendido en la literatura árabe<sup>36</sup>.

¿Cuál puede ser el significado de esta distinción que Ibn 'Abd al-Ḥakam utiliza en ocasiones en lugar de los nombres concretos de cada tribu, y que posteriormente fue elaborada en la forma de una genealogía similar en su forma a la que explica las filiaciones de las tribus árabes? A mediados de este siglo, F. Gautier ensayó una hipótesis, en virtud de la cual se intentaba probar que las tribus beréberes pertenecientes al grupo de los *Butr* constituirían en realidad

<sup>35</sup> Cfr. Courtois, *op. cit.*, pp. 543 y ss.; Julien, Ch., *Histoire de l'Afrique du Nord*, París, 1978 (2.ª), I, p. 255.

<sup>36</sup> Ibn Ḥazm, *Ŷamhara*, ed. 'A. S. M. Hārūn, El Cairo, 1962/1382, pp. 495 y ss.; Ibn Jaldūn, *Histoire des berberes et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, trad. De Slane, París, 1978 (reimpr.), pp. 168 y ss.

nómadas, opuestos por sus géneros de vida a los sedentarios *Barānis*: los autores árabes, según Gautier, habrían recurrido a esta división con el fin de explicar las diversas situaciones que encontraron entre las poblaciones del norte de África recién conquistadas<sup>37</sup>.

El problema de esta interpretación reside, como en su día señaló W. Marçais, en el hecho de que ni todos los *Butr* pueden ser considerados nómadas ni todos los *Barānis* como sedentarios; dentro de ambos grupos existían tribus que escapaban a estas caracterizaciones, de tal forma que es imposible que una división tan tajante defina modos de vida que en la práctica aparecían claramente entremezclados. En opinión de Marçais, por el contrario, estas denominaciones reflejarían una diferencia de costumbres: la palabra *Barānis* derivaría del singular árabe *burnūs* (= vestimenta con capuchón), mientras que *Butr* haría lo propio de *abtār* (= vestido acortado)<sup>38</sup>.

Si, por un lado, la crítica de Marçais a la hipótesis de Gautier parece plenamente justificada —especialmente si se tienen en cuenta los prejuicios ideológicos de su autor y el hecho de que la diferenciación nómada/sedentario no siempre es del todo clara en las poblaciones norteafricanas, entre las que es muy frecuente la práctica del seminomadismo—, su explicación de la antítesis *Butr/Barānis* no parece plenamente satisfactoria, dado que en las fuentes árabes esta división parece tener una relevancia algo mayor que la que puede ofrecer una mera distinción de atuendos.

Más recientemente, M. Brett ha señalado que en la obra de Ibn 'Abd al-Ḥakam el apelativo *Barānis* se reserva generalmente a las poblaciones norteafricanas de religión cristiana. A este respecto puede ser significativo el hecho de que la palabra *burnūs* fuera utilizada en árabe para designar la vestidura que usaban los religiosos coptos<sup>39</sup>. Ello llevaría a pensar que los *Barānis* podrían identificarse con las poblaciones que habían establecido relaciones estrechas con los poderes exteriores —en especial romanos y bizantinos— que intentan controlar estos territorios; cabe suponer, en consecuencia, que fueran éstos los grupos cuya organización social había sufrido un mayor impacto por el proceso de romanización.

<sup>37</sup> Gautier, F., *Le Passé de l'Afrique du Nord*, pp. 215 y ss.

<sup>38</sup> Cit. por Julien, Ch., *op. cit.*, II, pp. 702 y ss.

<sup>39</sup> Brett, M., «The arab conquest and the rise of Islam in North Africa», en *The Cambridge History of North Africa*, II, Cambridge, 1978.

Por su parte, existen serios indicios para pensar que los *Butr*, tal y como han señalado R. Bulliet y, más recientemente, D. Mattingly, se corresponden con las tribus que veíamos anteriormente presionando en las zonas de Tripolitania, y que se encontraban reunidas en la confederación de los *Laguatan*. El primero de dichos indicios lo constituye la relación que ofrece Corippus de los grupos que apoyaron la lucha de estos pueblos contra los bizantinos en torno al año 546: entre ellos se incluye a las tribus de *la montaña de Navusi* que puede ser identificada sin ningún problema con los Nafūsa, asentados en época musulmana en el Yabal Nafūsa, al sudoeste de Trípoli. Nafūsa, el epónimo de esta tribu, aparece en las genealogías de los autores árabes como un descendiente de al-Abtar, que se encontraba estrechamente emparentado con Luwāta<sup>40</sup>.

No menós significativo es un texto de Ibn 'Abd al-Ḥakam en el que se habla sobre el origen de los beréberes. Según el cronista egipcio, este pueblo descendía de Goliat. A la muerte de éste a manos de David, sus descendientes habrían abandonado Palestina, dirigiéndose a Libia. Allí se dispersaron: las tribus de los Zanāta y los Magīla habrían continuado su camino hacia el Oeste, estableciéndose en regiones montañosas; los Lawāta se habrían asentado en el territorio de Barqa, en la Tripolitania; los Hawwāra habrían hecho lo propio en Lebda (la antigua *Leptis Magna*, al este de Trípoli), mientras que los Nafūsa se habrían quedado en la región de Sabrata. Ante esta expansión, los Rūm (probablemente los bizantinos) habrían tenido que evacuar el país, mientras que los *Afāriqa* (a quienes probablemente haya que identificar con poblaciones indígenas sometidas a la soberanía bizantina) se habrían quedado pagando una contribución a los nuevos señores, tal y como acostumbraban a hacer con cuantos les sojuzgaban<sup>41</sup>. Lo interesante de este pasaje consiste en que todas las tribus que en él se citan pertenecen a los *Butr*, y el movimiento migratorio de estos elementos hacia el Oeste, del que antes hemos

<sup>40</sup> Bulliet, R. W., «Botr et Baranis: hypotheses sur l'histoire des Berbers», *Annales. E. S. C.*, XXVI (1981), pp. 104-116, quien, sin embargo, considera que los *Butr* debían estar más asimilados a los modos de vida romanos, mientras que los Barānis eran «montañeses», una hipótesis ésta que no compartimos; cfr. también Mattingly, D., *op. cit.*, pp. 99-110; Ibn Jaldūn, *Hist. des Ber.*, I, p. 227.

<sup>41</sup> Ibn 'Abd al-Ḥakam, *Conquête de l'Afrique du Nord et de l'Espagne. Futūḥ Ifrīqiya wa-l-Andalus*, ed. y trad. A. Gateau, Alger, 1948 (2.<sup>a</sup>), pp. 35-36.

hablado, parece reflejarse perfectamente en los detalles semilegendarios que en él se contienen<sup>42</sup>.

Es muy poco, sin embargo, lo que sabemos de estos pueblos. Desde luego, no parece que pueda considerárseles «nómadas camelleros», como en ocasiones se les ha descrito: los datos contenidos en las fuentes bizantinas y árabes indican con cierta claridad que incluían elementos nómadas y sedentarios. Con posterioridad a las luchas que estas tribus mantuvieron contra los bizantinos a mediados del siglo VI, éstos establecieron con ellas treguas y tratados, a resultas de los cuales algunas de estas poblaciones llegaron incluso a aceptar de un modo superficial el cristianismo<sup>43</sup>. No obstante, todavía en época musulmana, al-Bakrī refiere restos de paganismo en tribus Hawwāra de la Tripolitania, en lo que es un pasaje que, significativamente, presenta un cuadro muy similar al que ofrece un texto del autor bizantino Corippus. Ello demuestra la persistencia de unas estructuras arcaicas entre estas tribus hasta épocas tardías<sup>44</sup>.

Lo que aquí más nos interesa tener en cuenta a propósito de las

<sup>42</sup> Los Hawwāra citados en este texto son objeto de confusas y complejas precisiones en las elaboraciones genealógicas: según éstas, el epónimo de esta tribu habría sido hijo de Awriga b. Burnūs, lo que la haría pertenecer al grupo de los Barānis; sin embargo, nuestras fuentes precisan que la madre de Hawwāra había sido previamente la mujer de Madgis al-Abtar, razón por la cual existían algunas confusiones al respecto, cfr. Ibn Ḥazm, *Yamhara*, ed. cit., pp. 495-496, donde se llega incluso a encuadrar a algunas tribus Hawwāra entre los descendientes de Madgis al-Abtar; también, Ibn Jaldūn, trad. cit., pp. 170 y 275, donde parece sugerirse que parte de los Hawwāra pertenecían al grupo de los *Butr* y otra parte a los Barānis. La razón de estas vacilaciones no están del todo claras; sin embargo, pensamos con D. Mattingly que los Hawwāra debían de pertenecer a la confederación de los Lawāta, dado que Ibn 'Abd al-Ḥakam y el propio Ibn Jaldūn los localizan en la Tripolitania en el momento de la conquista árabe.

<sup>43</sup> Mattingly, D., *Op. cit.*, p. 105. Pringle, *Op. cit.*, pp. 29, 40 y 102-103. Un caso interesante a este respecto es el de los Garamantes, establecidos al norte del Fezzan, de quienes se nos dice que en el año 569 aceptaron el cristianismo por segunda vez. Tal vez de esta época date la conversión de algunos elementos de los Nafūsa, entre quienes al-Bakrī, tal vez basándose en fuentes del siglo IV/X, señala la existencia de algunas comunidades cristianas, cfr. ed. y trad. cit., pp. 10 y 26.

<sup>44</sup> Al-Bakrī, *Kitāb al-masālik wa-l-mamālik: Description de l'Afrique septentrionale*, ed. y trad. M. G. de Slane, Argel, 1911, pp. 12 y 31. También, H. T. Norris, *The Berbers in Arabic literature*, Londres, 1982, p. 8. Según Ibn Jaldūn, los Hawwāra se habrían distinguido en las guerras de apostasía protagonizadas por los beréberes, y más tarde por su apoyo a las doctrinas jāriyīs, *Hist. des Berbers*, p. 276. Sobre los restos de paganismo entre los beréberes medievales, cfr. Lewicki, T., «Survivances chez les Berbers médiévaux d'ère musulmane de cultes et de croyances paiennes», *Folia Orientalia*, VII (1966), pp. 5-40.

poblaciones *Butr* es el hecho de que, según el testimonio de Ibn 'Abd al-Ḥakam, los árabes, también protagonistas de una expansión hacia el Oeste, se apoyaron preferentemente sobre estos elementos para dominar el territorio del norte de África<sup>45</sup>. La forma que adquirió este apoyo nos es bien conocida gracias a datos dispersos que es posible recoger en los relatos contenidos en las fuentes de época musulmana. Las crónicas del siglo IX refieren, en efecto, una tradición según la cual, después de haberse sometido inicialmente a 'Amr b. al-'Āṣ, los Lawāta se rebelaron y, tras ser sojuzgados nuevamente, se les impuso el castigo de enviar a sus hijos como pago del tributo. Un relato similar se nos ofrece para explicar la sumisión de las poblaciones del Fezzan. Como ha señalado acertadamente M. Brett, es preciso ver en estas narraciones un reflejo de las teorías que en el siglo III/IX el *fiqh* musulmán había desarrollado sobre el trato que debía dispensarse a las poblaciones sometidas: acudiendo al subterfugio de que estas tribus habían protagonizado una rebelión después de haber sido sometidas, se podía justificar su esclavización, en lo que es una práctica que debió de ser impulsada durante la primera época de la conquista musulmana<sup>46</sup>.

El reclutamiento de los beréberes *Butr* en los ejércitos árabes aparece asimismo en el relato que el propio Ibn 'Abd al-Ḥakam incluye sobre la rebelión de al-Kāhina, la reina de las tribus *Butr* del Aurés que en torno al año 693 protagonizó una formidable rebelión contra los conquistadores árabes. Según esta narración, al-Kāhina, al ver cercana su derrota, habría encomendado sus dos hijos a su vencedor —el gobernador Ḥasan b. al-Nu'mān—, quien se habría encargado de ofrecer a éstos puestos de mando entre los contingentes beréberes de su ejército<sup>47</sup>. Tal y como ha puesto de manifiesto M. Brett, este relato puede ser relacionado con los datos del tardío Ibn 'Idārī, quien nos habla de que los beréberes proporcionaron tropas a sus conquistadores a cambio de un *amān* (salvoconducto), que comprendía *tā'a* (obediencia) e *islām* (sumisión)<sup>48</sup>. Del mismo modo, Ibn al-Aṭīr precisa que 'Uqba b. Nāfi' contó en su ejército con un gran

<sup>45</sup> Ibn 'Abd al-Ḥakam, ed. y trad. cit., pp. 77-78 y 114-115.

<sup>46</sup> Brett, *op. cit.*, pp. 506-507; también Talbi, M., *L'emirat Aghlabide, 184-296/800-909. Histoire politique*, París, 1966, pp. 29-30.

<sup>47</sup> Ibn 'Abd al-Ḥakam, ed. y trad. cit., pp. 76-77.

<sup>48</sup> Brett, M., *op. cit.*, p. 511.

número de beréberes convertidos<sup>49</sup>. La narración del final de la rebelión de al-Kāhina, por otra parte, ilustra un proceso en virtud del cual los caudillos beréberes establecieron vínculos de *walā'* con los conquistadores árabes. Una manifestación clara de este fenómeno se nos ofrece en la persona del conquistador de la Península Ibérica, Ṭāriq b. Ziyād, a quien se nos presenta como *mawlā* de Mūsā b. Nuṣayr, y que con toda probabilidad era un jefe tribal.

Todo el conjunto de datos que hasta aquí hemos presentado creemos que permite arrojar cierta luz sobre las poblaciones beréberes que en el año 711 atraviesan el Estrecho con los conquistadores árabes. Teniendo en cuenta los antecedentes preislámicos de estas poblaciones, es posible comprobar la existencia de un desigual grado de desarrollo en las estructuras sociales de estos grupos. De esta forma, en vísperas de la conquista árabe, aparece entre estas poblaciones una amplia gama de situaciones que oscilan entre la de aquellos elementos plenamente urbanizados, herederos de la tradición romana, cristianizados, y, en fin, forjadores de unidades políticas que sobrepasan el marco tribal, hasta la de aquellas poblaciones en las que este marco tribal parece haber tenido un mayor relieve, en donde la resistencia a la asimilación ha jugado un papel primordial desde época romana hasta la fecha de la ocupación bizantina, y en las que, significativamente, las prácticas paganas han tenido una considerable pervivencia. Obviamente, no puede pensarse que todos los grupos norteafricanos respondieran claramente a una de estas dos caracterizaciones que acabamos de enunciar: de hecho, los casos en que se dieran estados intermedios debieron de ser, con toda probabilidad, los más numerosos. No obstante, pensamos que las tribus a las que los cronistas árabes adjudican el epíteto de *Butr*, se encontraban muy probablemente más cerca del segundo estado que del primero. A este respecto conviene recordar la situación originaria de dichas tribus en la región de la Tripolitania, la escasa profundidad que los sucesivos *limites* alcanzaron en esta zona desde los tiempos del Imperio, la continuidad de la presión por parte de estos pueblos sobre los mencionados territorios y la existencia de ciertas referencias que permiten vislumbrar la importancia del factor tribal entre ellas, todo lo cual lleva a pensar que su grado de asimilación debía de ser menor

<sup>49</sup> Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil fī l-ta'rīj*, ed. Tornberg, Leyde, 1851-1876, III, p. 386; trad. Fagnan, E., *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, Alger, 1901, p. 19.

que el de las poblaciones a las que los cronistas árabes denominan *Barānis*. Es muy significativo, por lo demás, que los árabes utilizaran contingentes beréberes —casi con seguridad pertenecientes a los *Butr*— en su expansión hacia el Oeste y, con posterioridad, hacia la Península Ibérica. Bien a través de la esclavización o bien mediante la concertación de vínculos de *walā'* con los caudillos tribales, los principales jefes árabes consiguieron enrolar a elementos de estas poblaciones en sus ejércitos. Es preciso pasar a analizar ahora cuál fue el desarrollo de estos grupos una vez asentados en la Península Ibérica.

## B) La evolución de los grupos beréberes en al-Andalus

En pleno siglo III/IX al-Isṭajrī precisa que los beréberes de al-Andalus pertenecían al grupo de los *Butr*, añadiendo a continuación que entre ellos se encontraban elementos *Nafza*, *Miknāsa*, *Hawwāra* y *Madyūna*<sup>50</sup>. Esta afirmación del geógrafo oriental puede ser confirmada, con amplias matizaciones, recurriendo a otros testimonios cronísticos. Ibn Ḥazm en su *Yamhara* da los nombres de quince conjuntos tribales norteafricanos, de los que sólo cuatro —*Mašmūda*, *Awrāba*, *Kutāma* y *Šinhāya*— se adscriben de forma inequívoca a los *Barānis*<sup>51</sup>. Del mismo modo, las cuatro grandes confederaciones que, según Ibn Jaldūn, emigraron a la Península Ibérica en la época de la conquista —*Matgara*, *Madyūna*, *Hawwāra* y *Miknāsa*—, pueden ser también consideradas como *Butr*<sup>52</sup>.

Pese a que los *Barānis* contaron con buen número de representantes en la Península Ibérica, como lo indican las precisiones dadas por Ibn Ḥazm, así como las referencias dispersas que es posible recopilar en las crónicas<sup>53</sup>, todo parece indicar que existió una cierta pre-

<sup>50</sup> Al-Isṭajrī, *al-Masālik wa-l-mamālik*, ed. Goeje, B. G. A., Leyde, 1927, p. 44.

<sup>51</sup> Cfr. esta lista en Guichard, *Al-Andalus*, p. 366. Sobre el caso de los *Hawwāra*, cfr. *supra* nota 42.

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 365.

<sup>53</sup> Cfr. a este respecto Guichard, *Al-Andalus*, p. 369. Ibn al-Qūṭīyya menciona incluso una revuelta a finales del gobierno de al-Ḥakam I de un individuo llamado Qan'ab, oriundo de Morón, quien habría protagonizado una rebelión que enfrentó a árabes y *mawālī* por un lado y *Butr* y *Barānis* por el otro, hasta ser finalmente derrotado en tiempos de 'Abd al-Rahmān II; Ibn al-Qūṭīyya, *Ta'rij iṣṭitāḥ al-Andalus*, ed. y trad. Ribera, Madrid, 1926, pp. 67 y 53 respectivamente. Este dato concuerda

eminencia de aquellos elementos que, como veíamos anteriormente, habían proporcionado el principal apoyo a los conquistadores árabes en su expansión por el norte de África. Ello llevaría a pensar que, contrariamente a lo que en su día sugirió Lévi-Provençal, el origen de estas poblaciones norteafricanas no se ceñiría únicamente a las zonas del actual Marruecos, sino que, por el contrario, muy probablemente incluiría también pueblos originarios del Magreb central y de la antigua Tripolitania<sup>54</sup>.

El papel que jugaron estos elementos norteafricanos en al-Andalus fue muy similar al que veíamos les había sido adjudicado en tiempos en la conquista árabe. Durante el siglo VIII y buena parte del IX son relativamente abundantes las referencias que aparecen en las crónicas a beréberes enrolados en los ejércitos de caudillos árabes. En otro lugar se ha puesto ya de manifiesto el importante papel que estos elementos jugaron en los contingentes militares de la familia de los *Fihriés* y de los diversos jefes que se rebelan en la «Frontera Superior» durante la primera época del emirato<sup>55</sup>. Podríamos añadir ahora que idéntica tendencia a emplear contingentes beréberes es constatable entre los Omeyas. No es necesario entrar aquí en un recuento pormenorizado de todos los beréberes establecidos al servicio de la dinastía cordobesa. Sin embargo, sí que conviene recordar el pasaje de Ibn

con una información suministrada por Lévi-Provençal a partir de los datos del texto perdido del *Muqtabis*, en donde se precisa que la población del valle medio del Guadiana y del este del actual Portugal estaba constituida por *Barānis*, *Butr* y *Mašmūdas*, cfr. Lévi Provençal, *Historia de la España musulmana*, II, Madrid, p. 96, nota 7. En el valle del Guadalquivir coexistían asimismo grupos *Barānis* y *Butr*, los cuales aparecen enfrentados en época de la primera *fitna*: los *muwallad* de la región se unieron a los *Butr* para hacer frente a sus enemigos; cfr. Ibn Ḥayyān, *Muqtabis*, ed. M. Martínez Antuña, París, 1937, p. 70. Asimismo pueden documentarse algunos elementos *Barānis* establecidos en el curso bajo del Tajo.

<sup>54</sup> Lévi-Provençal, *HEM*, IV, pp. 95-97; Guichard, *Al-Andalus*, p. 367. A los ejemplos que este último autor cita de elementos procedentes de Ifriqiya, podría añadirse el de la familia o clan de los *Banū Qaramāfi* o *Qamarāfi*, pertenecientes a la tribu de *Hawwāra*, y que son citados por Ibn Ḥazm como establecidos en el *Garb al-Andalus*; parece que puede asociarse este onomástico con los «*Garamantes*», una tribu que aparece citada en fuentes romanas y bizantinas, y que se encontraba entonces establecida al sur del *limes* tripolitano, donde protagoniza diversas incursiones contra las ciudades costeras, cfr. Ibn Ḥazm, *Yamhara*, ed. cit., p. 500; *Mafājir al-Barbar*, ed. Lévi-Provençal, Rabat, 1934, p. 80. Sobre los «*Garamantes*», cfr. Rachtet, *Op. cit.*, p. 48; Pringle, *Op. cit.*, p. 29.

<sup>55</sup> Manzano Moreno, E., *Tagr. La frontera de al-Andalus en época omeya* (en prensa).

al-Qūṭīyya en el que se precisa que, cuando 'Abd al-Raḥmān b. Mu'āwiya inició una gira por las *kūras* de Rayo, Sidonia y Sevilla tratando de concitar el apoyo de las poblaciones allí establecidas en su lucha contra Yūsuf al-Fihri, se incorporaron a su ejército dos contingentes de beréberes pertenecientes a los Banū l-Jalī' y a los Banū Ilyās de la tribu de Magīla: de los primeros, el texto precisa que eran *mawālī* del Califa Yazīd b. 'Abd al-Mālik (101-105/720-724)<sup>56</sup>.

En el ejército omeya que se enfrentó finalmente contra Yūsuf se incluía un cuerpo de infantes beréberes que estaban vinculados a un individuo llamado 'Aṣim al-'Uryān, de quien se nos dice que pertenecía a la tribu árabe de Taqīf. Los descendientes de este 'Aṣim desempeñaron destacados papeles en la administración de los emires omeyas, razón por la cual las informaciones sobre la genealogía de esta familia son relativamente abundantes<sup>57</sup>. Como ha puesto de manifiesto el estudio de M.<sup>a</sup> I. Fierro sobre estos datos, dos son las principales características que los conforman: por un lado, una extraordinaria vacilación a la hora de atribuir un *nasab* a este 'Aṣim, cuya línea de ascendientes varía significativamente según se utilice una fuente u otra, y, por otra parte, un mal disimulado interés por presentarnos a este personaje y a su proge como *mawālī* omeyas. Lo curioso es que este último dato contradice una afirmación aislada del cadí 'Iyāq de la que parece deducirse que algún miembro de la familia del individuo que nos ocupa había sido *mawlā* de un personaje perteneciente a la tribu árabe de Taqīf<sup>58</sup>. Teniendo en cuenta todos estos elementos y el hecho de que Ibn Ḥazm no mencione en su *Yamhara* ni a 'Aṣim ni a sus descendientes entre los miembros de Taqīf asentados en al-Andalus, podría pensarse en la posibilidad de que nuestro personaje fuera en realidad un beréber que habría acabado enrolado en las filas del primer emir omeya al igual que otros elementos norteafricanos.

En favor de esta posibilidad jugaría también el propio epíteto con el que se le conoce: 'Aṣim al-'Uryān, esto es, 'Aṣim «el Desnudo».

<sup>56</sup> Ibn al-Qūṭīyya, *Ta'rīj iftitāḥ al-Andalus*, ed. y trad. cits., pp. 25 y 19. Guichard, *op. cit.*, pp. 378 y ss.

<sup>57</sup> *Ajbār Ma'ymū'a*, ed. y trad. Lafuente Alcántara, Madrid, 1867, pp. 87 y 84-85, respectivamente. Sobre la familia de los Banū 'Aṣim, cfr. M. I. Fierro, «Los Banū 'Aṣim al-Taqaṭī, antepasados de Ibn al Zubayr», *Al-Qanṭara*, VII (1986), pp. 53-84.

<sup>58</sup> M. I. Fierro, *op. cit.*, pp. 54-56.

Las crónicas de que disponemos ofrecen dos explicaciones para este peculiar apelativo: según Ibn al-Qūṭīyya, con quien coinciden otros autores como Ibn al-Faraḍī, el sobrenombre le fue impuesto por haber cruzado a nado el río Guadalquivir con el fin de enfrentarse a las tropas de Yūsuf que se encontraban en la otra orilla el día de la mencionada batalla entre el pretendiente omeya y el gobernador de al-Andalus<sup>59</sup>. En cambio, los *Ajbār Ma'ymū'a* (cuyo fragmento relativo a estos sucesos nos parece más temprano) ofrecen una explicación más sugestiva al señalar que 'Aṣim fue apodado «el Desnudo» porque se quedó en zaragüelles, y así peleó hasta que Dios le concedió la victoria<sup>60</sup>. Este extraño dato se explica perfectamente si se tiene en cuenta un pasaje del cronista Ibn 'Abd al-Ḥakam en el que, narrando la famosa batalla del río Sebú del año 741 —que culminó con la derrota del ejército árabe mandado por Kulṭūm a manos de los beréberes sublevados contra la autoridad del califa—, señala que los victoriosos norteafricanos habían acudido al combate sin más vestido que unos zaragüelles, yendo prácticamente desnudos (*'urāt*)<sup>61</sup>. La coincidencia no parece ser casual y puede pensarse, por tanto, que este 'Aṣim era en realidad un jefe norteafricano que debía su peculiar mote a un peculiar rasgo de la indumentaria de estas poblaciones, y que, en fin, había establecido vínculos de clientela con jefes árabes para terminar engrosando las filas de los dependientes omeyas<sup>62</sup>.

En la misma batalla librada por el pretendiente omeya frente a Yūsuf al-Fihri, las fuentes nos informan de que un cuerpo de caballería se encontraba al mando de un tal Ibrāhīm b. Ša'ra al-Awdī al-Burnūsī al-Marwānī, un caudillo norteafricano probablemente establecido en Morón, y que muy posiblemente también mantenía lazos de dependencia respecto a la familia omeya<sup>63</sup>.

La incorporación de los elementos beréberes al ejército de 'Abd

<sup>59</sup> Ibn al-Qūṭīyya, *Ta'rīj iftitāḥ al-Andalus*, ed. y trad. cits., pp. 28 y 21.

<sup>60</sup> *Ajbār Ma'ymū'a*, ed. y trad. cits., pp. 87 y 84.

<sup>61</sup> Ibn 'Abd al-Ḥakam, ed. y trad. cits., pp. 128-129.

<sup>62</sup> He de expresar mi más sincera gratitud al Dr. Michael Brett, quien tuvo la enorme gentileza de llamar mi atención sobre este extremo y sobre quien debe recaer todo el acierto de hacer notar esta coincidencia; asimismo agradezco a las dras. M. I. Fierro y M. Marín sus precisiones filológicas con respecto a la construcción «'Aṣim al-'Uryān» que han configurado decisivamente la interpretación que aquí ofrezco.

<sup>63</sup> *Ajbār Ma'ymū'a* ed. y trad. cits., pp. 87 y 85, respectivamente. Este Ibrāhīm acabó rebelándose en Morón, en donde fue derrotado por Badr, *Ibidem*, pp. 111 y 102; Ibn 'Idārī, *al-Bayān al-Mugrib*, ed. Colin y Lévi-Provençal, Leyde, 1948-1951, p. 56.

al-Raḥmān I se intensificó después de que este emir acabara con los restos del poder Fihri en al-Andalus y, sobre todo, después de haber conseguido sofocar las rebeliones de algunos miembros del *yund* árabe. La última de estas rebeliones, protagonizada por un jefe yemení llamado 'Abd al-Gāfir al-Yaḥṣubī en Niebla y Sevilla en el año 156/776, es la que más nos interesa a este respecto. Según al-'Udrī, en las filas de las tropas rebeldes se contaba un jefe beréber de los Zanāta<sup>64</sup>. Este dato se ve confirmado por la narración que de este episodio hace Ibn al-Qūṭiyya, el cual señala que el emir 'Abd al-Raḥmān I encargó a sus clientes beréberes —entre los que se cita a los Banū l-Jalī' y a los Banū Wānsūs— que se pusieran en contacto con los norteafricanos del ejército contrario, a fin de convencerles para que tracionaran la causa de 'Abd al-Gāfir. Los *mawālī* omeyas cumplieron las órdenes y, hablando a sus «paisanos» (*banū 'amm*) en beréber, obtuvieron de ellos la promesa de que desertarían en el momento de la batalla, cosa que finalmente hicieron en la llamada jornada de Bembezar<sup>65</sup>.

Los *Ajbār Ma'ymū'a* contienen un relato similar de estos hechos, aunque con un desarrollo algo diferente: en este caso se precisa que junto a los sublevados se encontraban los beréberes del sur de al-Andalus, en vista de lo cual 'Abd al-Raḥmān I ordenó a los Banū Ma'ymūn que iniciaran tratos con ellos. A continuación, el emir ordenó la compra de «esclavos y seguidores» (*al-mamālīk wa-l-laḥaq*), consiguiendo de esta forma reunir en su registro (*dīwān*) a un número de gentes considerable. Al iniciarse las hostilidades, los beréberes que apoyaban a los sublevados prometieron a los Banū Ma'ymūn que abandonarían el campo de batalla, con la promesa de que serían perdonados. Cumplida su parte del trato, sin embargo, fueron pasados a cuchillo al igual que los árabes derrotados<sup>66</sup>.

<sup>64</sup> Al-'Udrī, *Tarṣī' al-ajbār*, ed. al-Ahwānī, Madrid, 1965, p. 101.

<sup>65</sup> Ibn al-Qūṭiyya, *Tarīḥ iftitāḥ al-Andalus*, ed. y trad. cit., pp. 31-32 y 24. Los Banū Wānsūs, según Ibn Ḥazm, pertenecían a la tribu de Miknāsa, y a finales del siglo IIIIX y durante la época del califato, algunos de sus miembros, tales como Sulaymān b. Wānsūs y su hijo Muḥammad, desempeñaron altos cargos en la corte cordobesa; cfr. Ibn Ḥayyān, *Muqtabis V*, ed. P. Chalmeta, Madrid, 1979, p. 65.

<sup>66</sup> *Ajbār Ma'ymū'a*, ed. y trad. cit., pp. 108 y 100, respectivamente. Estos Banū Ma'ymūn eran probablemente beréberes pertenecientes a la tribu de los Mašmūda. Una indicación contenida en los *Ajbār* habla de un tal Ḥafṣ b. Ma'ymūn que fue asesinado por un jefe militar árabe a causa de haber proclamado que los Mašmūda eran superiores a los árabes; poco después un hermano suyo fue asesinado por orden del emir al haber manifestado deseos de venganza, *ibidem*, pp. 113-144 y 104-105.

Junto a los relatos de *Ajbār Ma'ymū'a* y de Ibn al-Qūṭiyya, contamos con otros que parecen estar refiriéndose a los mismos hechos, pero en los que están ausentes los elementos un tanto novelescos que acabamos de citar. Recogidos por al-Rāzī y por Ibn Ḥayyān, dicho relatos se nos han transmitido en las obras de los recopiladores tardíos, y en ellos se nos dice que, a raíz de las sublevaciones de caudillos árabes, 'Abd al-Raḥmān I, desconfiando de éstos, decidió comprar beréberes y esclavos, llegando a reunir un número de cuarenta mil de ellos en su *dīwān*<sup>67</sup>. Aunque es posible que la cifra sea algo exagerada, lo que sí que parece incontestable es que 'Abd al-Raḥmān I consiguió engrosar el número de beréberes que servían en su ejército recurriendo a compras de esclavos o estableciendo vínculos de *walā'* con estas poblaciones, siguiendo en esto un expediente muy similar al que habían utilizado otros caudillos árabes establecidos en al-Andalus<sup>68</sup>.

Resulta muy ilustrativo tomar un ejemplo concreto que muestra a la perfección el mecanismo que adoptaba este enlistamiento de elementos alógenos. Los *Ajbār Ma'ymū'a*, en efecto, después de relatar el episodio más arriba reseñado, precisan que en esa ocasión fue comprado Bazī', el cual habría dado tales muestras de valor en la batalla de Bembezar, que 'Abd al-Raḥmān I se interesó por saber si era libre o esclavo (*'abd*): ante la respuesta de que era esclavo, el emir le mandó comprar y la confirió el puesto de «oficial de la guardia negra» (*'irāfat al-sūd*)<sup>69</sup>. Por fortuna podemos confirmar y ampliar este dato mediante un texto incluido en la obra de al-Jušanī titulada *Ajbār al-fuqahā' wa-l-muḥaddiṭīn*, que hasta la fecha ha permanecido inédita. En dicha obra, el autor de época califal cita el testimonio de un ulema que afirma haber visto el documento de manumisión del mencionado Bazī'. Dicho documento aparece concedido por el emir 'Abd al-Raḥmān I «en favor de su *mawlā* Bazī', manumitiéndole

<sup>67</sup> *Fatḥ al-Andalus*, ed. y trad. J. González, Argel, 1899, pp. 67 y 74, basándose en al-Rāzī; al-Maqqarī, *Nafḥ al-Ṭīb*, ed. 'Abbās, Beirut, 1388/1968, III, pp. 36-37, recogiendo un texto similar al anterior, pero que dice estar basado en Ibn Ḥayyān; relatos algo más circunstanciados en al-Nuwayrī, trad. y ed. G. Remiro, Granada, 1917, pp. 12 y 12; Ibn al-Aṭīr, *Kāmil*, ed. cit., p. 5; trad. cit., p. 122; Ibn Jaldūn, *Kitāb al-'Ibar*, ed. Y. As'ad Dāgīr, Beirut, 1956-1961, p. 268.

<sup>68</sup> Un recopilador tardío, Ibn Sa'īd, afirma que fue Bišr b. 'Abd al-Malik b. Bišr b. Marwān quien aconsejó al emir que «se formara una clientela» (*iṣṭīnā'*) de beréberes; cfr. *Al-Mugrib*, ed. cit., I, p. 200.

<sup>69</sup> *Ajbār Ma'ymū'a*, ed. y trad. cit., pp. 109 y 101-101.

(*a'taqa-hu*) por amor a Dios», y proclamando asimismo que nadie podría «causarle daño, pues su clientela (*walā'*) pertenecía al emir y a su descendencia»<sup>70</sup>.

De todos estos datos puede concluirse que Bazī era inicialmente un esclavo (*'abd*), tal vez de ascendencia beréber, que fue comprado por 'Abd al-Rahmān I después de la batalla de Bembezar. Con posterioridad fue manumitido, estableciéndose una *walā'* *al-'itq* con su manumisor. Es éste un estatuto legal que aparece recogido en los textos de jurisprudencia musulmana, en los que se especifica que este tipo de vínculo establecía una relación perpetua entre ambos lados, que se transmitía a sus respectivos descendientes, y que incluía, entre otras cláusulas, un derecho del manumisor sobre la propiedad del «liberto», o la capacidad de obtener una tutela con respecto al matrimonio de la hija del manumitido<sup>71</sup>. Pese a que carecemos de datos que permitan comprobar cómo se desarrolló esta relación en este caso concreto, sabemos que Bazī consiguió distinguirse en el servicio de sus señores omeyas y alcanzó altos puestos militares bajo su administración. Por su parte, sus descendientes mantuvieron con los señores cordobeses una relación idéntica, como puede comprobarse con el caso del más afamado de todos ellos, Muḥammad b. Waḍḍāḥ<sup>72</sup>.

Creemos, pues, que el caso de Bazī permite ilustrar de forma bastante clara, lo que debió de ser un fenómeno bastante extendido durante el primer periodo del dominio árabe en el Magreb y al-Andalus: la entrada de elementos beréberes en las clientelas militares de los conquistadores. Pese a lo magro de nuestras informaciones, existen numerosos indicios que mueven a pensar que esta práctica no se circunscribió a los señores de Córdoba, y que, del mismo modo, otros poderes árabes establecidos en al-Andalus recurrieron a idéntico expediente con el fin de procurarse efectivos militares.

El grado de asimilación de estas poblaciones norteafricanas a la sociedad de sus conquistadores, por otra parte, no parece haber

<sup>70</sup> El texto con la traducción correspondiente ha sido publicado por Fierro, M. I., «Bazī, *mawlā* de 'Abd al-Rahmān I, y sus descendientes», *Al-Qanṭara*, VIII (1987), p. 100.

<sup>71</sup> Cfr. Crone, P., *Roman, islamic and provincial law. The origins of the Islamic patronate*, Cambridge, 1987, pp. 36-38.

<sup>72</sup> Fierro, M. I., *op. cit.*, p. 113. Nótese que este destacado erudito fue criticado por su mal conocimiento del árabe.

alcanzado en esta primera época del emirato unas cotas muy elevadas: la lengua beréber —como se desprende del pasaje de Ibn al-Qūṭīyya— era la que comúnmente utilizaban todavía estos grupos, lo que permite deducir que en ese momento no estaban plenamente arabizados. Los progresos de la islamización son igualmente difíciles de discernir. No obstante, podemos adelantar aquí un dato: escribiendo a finales del califato, Ibn al-Faraḍī no incluye en su diccionario biográfico a un solo personaje oriundo de comarcas tan fuertemente berberizadas como Albarracín o Santaver. Obviamente esta apreciación no tiene ningún valor probatorio en sí misma, pero la ausencia es ciertamente notable. En el pleno siglo V/XI, Ibn Ḥazm menciona a los «beréberes incrédulos» considerándoles poco peores que los beréberes convertidos al Islam; un comentario si se quiere muy genérico, impregnado de la «berberofobia» de que hace gala este autor en sus escritos, y que puede referirse tanto a los norteafricanos en general como aquellos elementos que habían pasado a al-Andalus en la última época del califato (sin duda alguna bien diferenciados con respecto a los que habían entrado en época de la conquista), pero que, en última instancia, viene a confirmar que la conversión al Islam de estos grupos no se producía de una forma instantánea, ni mucho menos generalizada<sup>73</sup>.

Es por ello significativo el hecho de que poseamos un número relativamente abundante de referencias sobre rebeliones beréberes que tienen motivaciones heréticas y que son descritas en las fuentes como desviaciones de la ortodoxia dominante. J. Aguadé ha sugerido a este respecto que este apoyo a los movimientos sectarios por parte de grupos norteafricanos en al-Andalus fue muy probablemente debido al carácter superficial de su islamización y a la circunstancia de que entre ellos perdurara la cohesión interna de sus estructuras tribales<sup>74</sup>.

Estas estructuras tribales, sin embargo, no tenían vocación de eternidad. En al-Andalus y durante los tres primeros siglos de ocupación musulmana es posible documentar el lento surgimiento de linajes aristocráticos en el seno de estas tribus. No estamos suficientemente

<sup>73</sup> El comentario de Ibn Ḥazm es recogido por el anónimo autor del *Fath al-Andalus*, ed. y trad. cit., pp. 32 y 35, donde se menciona la circunstancia de que entre los beréberes y los árabes habría nacido un odio permanente desde la época de la gran revuelta norteafricana del año 123/741.

<sup>74</sup> Aguadé, J., «Some remarks about sectarian movements in al-Andalus», *Studia Islamica* (1987), p. 80.

bien informados sobre la forma en que se desarrolló este proceso que no parece haber presentado unas pautas y una cronología idénticas en todos los casos. En las contadas ocasiones en que es posible espigar datos que ilustran las etapas de esta evolución podemos documentar la aparición de familias que pasan de ostentar la jefatura sobre un grupo humano a controlar un conjunto territorial más o menos amplio. El ejemplo de los Banū Dī l-Nūn de Santaver es en este sentido muy revelador. Perteneciente a la tribu de Hawwāra y asentado en la Península desde época de la conquista, este linaje consiguió en época relativamente tardía —a finales del siglo III/IX— imponer su dominio en unos territorios muy extensos que se extendían desde el Tajo hasta las zonas limítrofes entre las actuales provincias de Valencia y Teruel<sup>75</sup>.

Este caso no debió de ser único y marca el punto culminante de un proceso de evolución de las poblaciones beréberes llegados a la Península Ibérica en el siglo VIII. Una lectura atenta de las fuentes revela un paulatino surgimiento a lo largo del período omeya de individuos y familias aristocráticas allí donde inicialmente sólo se documentaban genéricos grupos tribales. A medida que transcurre el tiempo, las crónicas tienden a perfilar cada vez con mayor claridad a estos señores beréberes, los cuales, paralelamente, van adquiriendo un mayor grado de preeminencia dentro de sus grupos. Los Magīlīs Banū Ilyās, a quienes hemos tenido ocasión de referirnos a propósito del apoyo que prestaron a 'Abd al-Raḥmān I, eran conducidos en esa ocasión por un anónimo «ancestro» de este linaje. Es preciso esperar más de un siglo para que del seno de este grupo surja un 'Abd al-Karīm b. Ilyās, de quien sabemos que estaba al servicio de los omeyas: de ocupar un enclave o territorio conocido precisamente con el nombre tribal de Magīla en la *kūra* de Sidonia, este 'Abd al-Karīm pasó a establecerse en una fortaleza denominada *Qal'at Ward*, en donde sus descendientes pasaron a residir de forma permanente<sup>76</sup>. Parece evidente que en esta etapa los Banū Ilyās habían dejado muy atrás sus antecedentes tribales, pasando a convertirse en un linaje aristocrático que, significativamente, debía su preeminencia a la circunstancia de encontrarse ligados al servicio de los Omeyas de Córdoba.

<sup>75</sup> Una exposición más detallada de estos sucesos puede verse en Manzano Moreno, E., *Tagr: la frontera de al-Andalus en época omeya* (en prensa).

<sup>76</sup> Cfr. al-'Uḍrī, ed. cit., p. 113; Guichard, P., *Al-Andalus*, pp. 379-380.

Pensamos, pues, que la evolución de los grupos beréberes en al-Andalus debió de seguir, por regla general, unas pautas muy similares a las que aquí brevemente hemos apuntado. Procedentes principalmente de las zonas orientales del norte de África, estos elementos estaban encuadrados en su mayoría dentro de las clientelas militares de los conquistadores árabes. Las primeras referencias que las fuentes hacen sobre ellos nos los presentan como los anónimos (o genéricos) componentes de séquitos militares de los principales miembros de la aristocracia árabe. Con el paso del tiempo, sin embargo, puede hablarse de una lenta aparición de estructuras de poder aristocrático que debieron de minar el antiguo componente tribal de estos grupos. La consolidación de esta aristocracia cristalizó en la formación de linajes que paulatinamente aprovecharon la base tribal de su autoridad convirtiéndola en un dominio territorial, en el que cabe legítimamente preguntarse si existirían componentes señoriales. A partir de ese momento los beréberes que habían llegado a al-Andalus en los primeros tiempos de la ocupación musulmana pasaron a tener nombres y apellidos. Sus componentes llegaron a dominar fortalezas y castillos, e incluso a instaurar dinastías que sobrevivieron al poder político de Córdoba. Para entonces la organización tribal de estos grupos era ya un mero recuerdo.

#### RESUMEN

El objetivo de este artículo es estudiar las pautas de la evolución histórica de las poblaciones beréberes asentadas en al-Andalus después de la conquista musulmana. El ámbito de análisis es deliberadamente extenso, debido a que el autor considera que el enfoque «estructuralista» que ha impregnado la mayoría de los estudios relativos a estos grupos se ha revelado demasiado limitado desde el punto de vista metodológico. En la primera parte del artículo se presenta un bosquejo general de los factores de larga duración que han influido sobre las poblaciones norteafricanas desde época romana hasta la conquista musulmana. La ruptura de los vínculos tribales como resultado de la aparición de linajes aristocráticos en al-Andalus es analizada en la segunda parte.

#### ABSTRACT

The aim of this paper is to discuss the patterns of the historical evolution of the Berber populations settled in al-Andalus after the Muslim conquest.

Its scope is deliberately broad, mainly because it is the author's contention that the «structuralist» approach which has pervaded most of the studies concerning these groups has proved to be too limited methodologically speaking. A general outline of the long term factors which influenced upon the North African populations from Roman times to the Muslim conquest is presented in the first part of the article. The disruption of the tribal links as a result of the emergence of aristocratic lineages in al-Andalus is discussed in the second part.